

EL LIDERAZGO POTENCIAL DE LA IGLESIA

RICARDO A. MUNAFO DAUCCIA

Comisión Episcopal de la Pastoral de la Salud, Buenos Aires

La infección por HIV se ha constituido en el mayor de los desafíos que enfrenta la humanidad y de sus riesgos y consecuencias ya se han expresado con excelencia las distinguidas personalidades que aquí lo hicieron.

Sin duda que la amenaza creciente del SIDA ha sido, desde sus comienzos, una de las grandes preocupaciones que las Iglesias han tenido que afrontar, porque compete a ellas la enorme responsabilidad de servir a sus fieles, iluminando el camino de ellos, de todos ellos, a la luz de sus principios, que siempre conducen a un destino trascendente, espiritual y terrenal.

Esa responsabilidad se manifiesta desde las bases esenciales de la doctrina, que se alimenta también de la ciencia y la sabiduría que la nutre y en la cual espíritu y materia de la humanidad, se entregan esperanzados en el soporte estructural de su trascendencia, porque los seres humanos son la criatura más perfecta de Dios y la Iglesia la madre Institución terrenal.

Cómo no podría conmoverse la Iglesia, ante tamaña agresión que plantea a sus hijos, que son todos los seres humanos, la creciente amenaza del HIV y sus consecuencias y cómo no comprometer su esfuerzo, cuando ve que el futuro del mundo corre un grave riesgo, porque el agente patógeno hace peligrar la tranquilidad del orden, que es el sujeto fundamental de la paz social.

Las Iglesias poseen una fuerza intrínseca insustituible, que siempre está al servicio del bien común, protegiendo a los hombres ante el más mínimo peligro que los afecte, desplegando sus cuantiosas potencialidades espirituales y terrenales en procura de su bienestar y lo hacen con el mejor y más transparente de los incentivos, que es el amor.

Conocedoras de las características epidemiológicas, en lo que concierne a los mecanismos causales y factores determinantes, así como respecto de quienes resultan ser los más susceptibles, en función de sus vulnerabilidades, estas Instituciones se ven conmovidas a seguir el mandato de la parábola del buen samaritano con

el ejemplo del camino a Jericó, para vivirlo individual y colectivamente.

Tanto más intenso se hace ese mandato de Cristo, cuando los indicadores de morbilidad nos señalan que la juventud es la más amenazada, lo que convoca a todos para comprometer su esfuerzo por alejarlos del riesgo, porque las jóvenes generaciones, como los niños, son el futuro del mundo.

La Iglesia, que como dice Juan Pablo II es "experta en humanidad", sabe muy bien por su experiencia, que el único modo de prever el futuro es el de prepararlo y frente al riesgo que el HIV plantea, asumió el compromiso irrevocable de iniciar una intensa actividad de prevención, para proteger a los que no han sido infectados y asistir con el mismo amor y solidaridad a quienes ya son enfermos.

Para ello todos sostienen que un accionar productivo, consiste en comprometer el liderazgo potencial que ostentan, con una visión constructiva de la sociedad y ensanchar el esfuerzo común, así como la autoestima y dignidad de toda persona humana, sin discriminaciones, por su destino trascendente.

Es por ello que la Iglesia viene afirmando con vehemencia, que para prevenir el contagio por HIV con eficacia, los dos objetivos primarios son la información consistente y sostenida, así como la educación profunda para la madurez responsable.

En esta línea determinativa de las primeras medidas a adoptar, se esfuerzan todos los pastores, para inducir a cada uno a asumir las propias responsabilidades, ante el conocimiento cabal de los riesgos y proponer un estilo de vida que resulte significativo para la persona y merezca ser vivido en comunidad, sin dañarse ni dañar a otros.

Cuando la información exhaustiva haya saciado todo margen de desconocimiento o incompreensión, entonces se pondrán en ejecución precisos programas de educación, aplicados desde todas las instituciones eclesiales, donde sus potencialidades constituyen una red de sostén insustituible y transparente, para fortalecer el crecimiento en salud y alejar el riesgo de contraer la infección.

La trascendencia de los seres humanos y en particular de los adolescentes y jóvenes, exigen que se esclarezcan sus incertidumbres y se fortalezcan sus principios, desde donde saben que jamás serán defraudados, porque quienes los informan y ayudan a educarlos, no tienen más intención que orientarlos para crecer con madurez afectiva, a través de esas dos herramientas disponibles en la actualidad.

La experiencia de que la información y la educación exhaustivas tienen el valor de la vacuna que aún lamentablemente no existe, nos incita a asumir la responsabilidad que como parte de la Iglesia nos compete, e inducir a nuestros semejantes, para que vivan de un modo digno la sexualidad y se preparen libres de todo riesgo humano, con una sólida autoestima en el amor responsable y fiel.

El genio epidemiológico del virus que nos enfrenta, nos ha demostrado sobradamente cómo se alimenta de las debilidades de la humanidad y de qué forma destruye al individuo, a la familia y a la sociedad que conforman, produciendo fracturas que deterioran irremediablemente el desarrollo humano, disminuye la esperanza de vida y posterga por años el crecimiento socioeconómico.

Un lema de la Iglesia es ser "solidarios en salud", y en esa expresión queda grabada la conducta que orienta las medidas de prevención, exentas de tabúes y miedos, para que los jóvenes se alejen de comportamientos de riesgo y puedan ser protagonistas saludables de familias felices y de un orden social más justo.

Las iglesias que constantemente son el refugio de quienes no alcanzan a recibir de la sociedad que los rodea el amparo necesario en sus horas más difíciles, como el que plantea la infección por HIV y sus consecuencias, constituyen como institución, la organización adecuada para promover la más amplia convocatoria, en procura de dar soluciones a las expectativas que la pandemia plantea.

Todos quienes somos parte de la Iglesia, pastores, religiosos o laicos, se empeñarán por igual, para constituir y ofrecer barreras que rompan los eslabones de la cadena epidemiológica y consolidar las voluntades, sabiendo cómo defender a las comunidades en las que nos desarrollamos, organizándolas con eficacia, para afrontar las alternativas que la prevención exige, sin que nadie se excluya, sin que nadie sea excluido, cualquiera sea su condición.

Al abrigo de principios que ponderan todos los valores de la existencia humana, buscamos consolidar con fuerza inquebrantable nuestra conciencia, para ayudar a que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia, como lo prometió Jesús y en esa determinante nos apoyamos con total entrega, en conjunción con la ciencia, en su más elevada dimensión, para hallar las soluciones concretas que nuestros semejantes esperan.

Las Iglesias, junto a otras organizaciones no gubernamentales, que sostengan los principios de la dignidad de la persona humana y pongan a su servicio sus potencialidades, serán sin duda los que llenen la crisis de identidad y de representatividad que aflige a la sociedad y que la lleva a situaciones de riesgo, con ofrecimientos indignos de la condición humana.

Las diversas instituciones de la Iglesia poseen recursos humanos cuantiosos, organizados y capacitados con tal jerarquía, que les permite constituir una red necesaria y sustentable, para enfrentar con éxito al HIV y demostrar que la prevención es posible, porque su estructura genética no es más fuerte que nuestra estructura de pensamiento y valores que los alimentan.

El poder de convocatoria que nos reconocen, es el incentivo que nos obliga a responderle a la sociedad en su conjunto, porque podemos movilizarla con la intensidad que la gravedad de la situación nos exige, sabiendo que jamás la podríamos defraudar.

Se pueden constituir tantos centros de prevención, como la situación epidemiológica lo exige, porque en nuestras instituciones se educan miles de niños, preadolescentes, adolescentes, jóvenes y adultos; familias que nos confían su orientación y formación y que al amparo de todo cuanto la Iglesia ofrece en solidaridad y caridad, reciben las respuestas que los fortalece constantemente en su camino, por un destino cada día mejor.

También en nuestro potencial existen importantes posibilidades de difusión, a través de medios propios y correlacionados, desde donde se alimenta la sed de información y formación, para fortalecer el cambio necesario en el otro, con el mismo amor con que debemos asumir el nuestro, no para reprochar en palabras, sino para tender la mano y aunar fuerzas en busca de un destino vital más seguro.

Es que no ignoramos, como lo señala la doctrina social de la Iglesia y todos quienes reconocen que el ser humano es la síntesis y la culminación de la sociedad que, ante la conducta equivocada y peligrosa de nuestros semejantes, cada uno debe comportarse con él muy responsablemente por la integridad total de su existencia.

Por eso es que la Iglesia posee también una red de servicios de asistencia a los que están afectados, ofreciéndoles el tratamiento integral que requieren, lo que sin duda constituye un medio de prevención secundaria, pero además les mostramos con hechos que somos capaces de hacernos compañeros de camino, marchando a su lado, regalando presencia, y tiempo, superando actitudes estigmatizantes, deshumanizadoras y marginantes, con el más sólido ecumenismo.

El propósito último es proteger y mejorar la salud a través del impulso a las iniciativas y acciones individua-

les y comunitarias que más influencien en el nivel de salud deseado, para vivir libres de todo flagelo y alcanzar el bienestar, creando con la voluntad y el fortalecimiento de la conciencia individual y colectiva, al amparo de la ciencia, el estado que otorga una vida saludable y sostenida, promoviendo el desarrollo humano y el crecimiento económico simultáneamente.

La Iglesia posee sin duda un liderazgo potencial destacado, el que activado en la dinámica de la prevención del HIV, apoyada por Organismos Internacionales, así como por Organismos No Gubernamentales y Gubernamentales, podrá servir de sólida base para alcanzar el control epidémico.

Tal confianza la ofrece porque está más allá de sentimientos mezquinos y voluntades entumecidas; más allá del poder y del lucro; más allá de determinaciones ambi-

guas, de burocracia y de promesas incumplidas, más allá de la frívola tentación del protagonismo.

Quiero cerrar el cometido que me ha sido requerido como síntesis de pensamiento, con palabras de San Agustín: "En lo necesario, unidad; en la duda, libertad; y en todo, la caridad".

En contestación a la pregunta de un participante al Simposio:

¿Cómo puede la Iglesia decir que hace prevención en SIDA con solidaridad y caridad si prohíbe el uso del preservativo?

La respuesta es: la Iglesia promueve con solidaridad y caridad una prevención integral de toda persona y sus valores, pero respeta la libertad que cada uno tiene de elegir su destino.